

“CHALECOS AMARILLOS”: CINCO ESTACIONES PARA UN CAMINO SIN RUMBO

Juan Palette Cazajús

Filósofo

Tertulia Internacional de Juegos y Ritos Táuricos

RESUMEN

El movimiento de los “chalecos amarillos” se caracterizó inicialmente por su diversidad. Abarcaba desde situaciones personales angustiosas hasta representantes de una clase media víctima de los cambios económicos y sociales y temerosa del desclasamiento. Buena parte de los manifestantes procedía de una Francia periurbana muy dependiente del coche en la vida laboral como en la personal. Una Francia ex-centrada económica y culturalmente, dominada por un sentimiento de abandono y exclusión. Caracterizado por su desconfianza y rencor frente a las élites políticas, económicas y culturales, el movimiento buscó sistemáticamente sus referencias en el recuerdo de la Revolución Francesa. Tras las medidas económicas arbitradas

en diciembre de 2018 por el Presidente Emmanuel Macron y el sentimiento de que la sociedad había tomado conciencia de sus problemas, la mayoría de los “chalecos amarillos” regresó a casa. La perpetuación de la protesta a través de la ritualización de las manifestaciones sabatinas se caracteriza por unas movilizaciones cada vez más minoritarias y radicalizadas. Hoy se impone el sentimiento de que sobrevive una forma de resentimiento social que deriva cada vez más hacia el nihilismo y el odio irracional hacia el estado¹.

[1] Este trabajo de Juan Palette Cazajús, apareció publicado en diferentes capítulos en el blog *Samonetes ya no nos quedan* (2018-2019), ahora se publica en *Encuentros en Catay* (32), reunido y revisado.

I. FACEBOOK Y LA REBELIÓN DE LA FRANCIA “MOCHE”, (18.XII.2018)

Feo se dice en francés “laid”. Si bien todo el mundo dice “moche”, más familiar pero más rotundo y definitivo. La rebelión de los “chalecos amarillos” se manifestó desde un principio y de forma muy reveladora a través de la ocupación de los llamados en Francia “ronds-points”, en España, rotondas. Rotondas las hay en muchos países pero creo que en ningún país europeo proliferaron tanto y con tanto protagonismo, viario, estético y sociológico, como en Francia donde se cuentan por muchas decenas de miles. Las razones hay que buscarlas tanto en la geografía como en la peculiar configuración demográfica. En Francia hay 36 000 municipios por poco más de 11 000 en Alemania, más poblada, y solamente 8 000 y pico en España como en Italia. En Francia abundan los pueblecitos y las ciudades de pequeño tamaño entre 5 000 y 20 000 habitantes. Desde los años 50 del pasado siglo, la civilización del automóvil traducida en el éxodo rural y el crecimiento económico, necesitó la construcción de una tupida red de infraestructuras viarias que fueron la causa de una periurbanización progresiva del país. El abismo socioeconómico que separaba la fuerte identidad de una cultura todavía rural, tradicional, pero económicamente rezagada, de la Francia urbana se fue difuminando paulatinamente.

Esta tendencia inexorable a la periurbanización conoció además una fase aguda de aceleración en los últimos 20/30 años. Por un lado, muchos hijos y nietos de aquellos que habían huido del campo ingrato sin volver la vista atrás, en busca del bienestar urbano, fueron presa del deseo irresistible de volver a una soñada campiña y a unas aldeas fantaseadas desde la urbe como bucólicas y apacibles. Por otro, el precio cada vez más prohibitivo de la vivienda urbana fue también la causa que empujó y sigue empujando inexorablemente a los numerosos candidatos a alejarse de los centros urbanos en busca de precios más asequibles. Eso sí, todos tienen en común la obsesión francesa por la casa

individual cuyo impacto cualquier visitante que se asome a sus contornos comprueba de modo inmediato. Así que los intersticios de territorio aprovechable, que sobrevivían entre los tentáculos de una red viaria que va mutilando y segmentando los paisajes, se fueron rellenando de “lotissements” (productos del “loteo” de terrenos), o sea urbanizaciones de casas individuales, a cual más uniformes y monótonas. También de hipermercados y zonas comerciales varias, salpicadas de inmensos y desoladores aparcamientos, probablemente los únicos espacios comunes que todavía comparten urbanos y “neorrurales”. Pero este proceso imparable de densificación periurbana viene siempre acompañado de la progresiva amenaza de atasco en la fluidez y la velocidad de la circulación sanguínea indispensable para la supervivencia del organismo laboral y económico. Por lo cual la densificación urbana ha de venir acompañada por la correspondiente densificación y multiplicación de los vasos circulatorios y todas a una, como en Fuenteovejuna, acaban de transformar el sueño bucólico en pesadilla de asfalto y hormigón.

En cuanto las multitudes urbanas o periurbanas empezaron a migrar hacia el campo se inició la reacción orgánica que en pocos años cambiaría sotos agrestes y arboledas pobladas de pajaritos cantores en las versiones más torvas y deprimentes del urbanismo periférico. Hablar, como suele hacerse, de población “neorrural”, aparte de un timo léxico y semántico, suena cada vez más a broma de mal gusto. La neorruralidad es la negación de lo que siempre fue la ruralidad. Para bien o para mal. También se califica a esta población de “rurbana”, adjetivo que tiene al menos el mérito de reflejar correctamente la proporción real de los ingredientes de este tipo de vida: la “ruralidad” cabe en la “R” inicial, y es lastrada a continuación por las seis letras de la condición “urbana”. Esta Francia periurbana de las colmenas de casitas clónicas, de los centros comerciales, de los paneles publicitarios, de los aparcamientos interminables, de los intercambiadores, la

del hormigón y del asfalto, es la que muchos llaman ya, creo que con sobrada propiedad: “la France moche”, la Francia fea.

La mayoría de su población la constituye, aparte de los jubilados, gente que diariamente va a trabajar a 20, 30, 40 km de su lugar de residencia. ¡hasta 200 en algunos casos! Regresan por la tarde o la noche a barrios silenciosos -su única ventaja- sin vida ni animación alguna, ven la tele se acuestan y vuelta a empezar. Una encuesta reciente cuyo resultado mediano oculta la disparidad de los casos individuales, dice que gastan una media del 13,5% de sus ingresos en el capítulo transporte por el 12,5% en alimentación. Estas cifras equivalen realmente a ordeñar una pulga con guantes de boxeo, pero dan una leve idea de las prioridades. No todos los “chalecos amarillos” son periurbanos -hay buena parte de urbanos entre ellos- ni mucho menos todos los periurbanos se han movilizado con los “chalecos amarillos”. Además la procedencia social es seguramente la más variada que haya conocido jamás en Francia ningún movimiento de protesta. Las facultades de sociología y economía se han apresurado a mandar a sus becarios y encuestadores para que tosasen a preguntas a los “chalecos amarillos” en sus feudos de las rotondas. La mayoría de ellos estaban encantados de contar sus cuitas al darse cuenta de que, por primera vez en su vida, existían para los medios y los intelectuales.

Una buena tercera parte de los “chalecos”, la minoría más importante, son empleados en el sector de servicios. Luego hay jubilados, obreros, artesanos, comerciantes, parados, pequeños empresarios. Y entre ellos muchas mujeres, del orden del 45%. Los hay que lo pasan mal o muy mal, los hay que no lo pasan tan mal, los hay que viven correctamente y algunos incluso muy correctamente. Muchos sienten el temor a verse desclasados. Todos manifiestan sentirse despreciados, por las élites y por los políticos. Los más vulnerables no ocultan sus sentimientos de odio y humillación. Para muchos el sueño de la casita

periurbana con sus rosales, tulipanes o madreselvas, su pedacito de césped o de huertecito, se les ha ido poniendo cuesta arriba, endeudados que son de por vida, asomados al precipicio económico cuando no sumergidos en él. Detrás de una apariencia de vida digna, a veces para fardar ante los vecinos, se oculta a menudo mucha zozobra e incertidumbre. Han querido cumplir con el modelo de clase media que les han inculcado, el que les muestran las series de la tele. Ellos consideran -razonablemente- que también tienen derecho a él. Son clase media “baja” -como adjetivan, denigrantes, los sociólogos- en vías de proletarización como bien explicó el geógrafo Christophe Guilluy en un libro premonitorio.

Preguntado hace poco el filósofo alemán Peter Sloterdijk sobre el fenómeno de los “chalecos amarillos”, no hacía sino asentir a la realidad que acabamos de bosquejar: “Ellos expresan la casi precariedad de sus modos de vida entre falsa urbanidad y falsa ruralidad”.

Los famosos “ronds-points”, las famosas rotondas, son de todo tipo. Las hay bucólicas, ajardinadas y casi acogedoras. Las hay imaginativas, artísticas, temáticas o que hacen la promoción turística local. Las hay pretenciosas y horteras y las hay gloriosamente kitsch. En los ejes más transitados o en las zonas industriales y comerciales están las más extensas, inhóspitas y despejadas y son las que han elegido preferentemente los “chalecos amarillos” para montar sus chiringuitos reivindicativos, a veces verdaderos campamentos, sustentados con ingentes cantidades de provisiones de boca y gacinate como para enfrentar la perspectiva del Sitio de Zaragoza. Ello por cierto en abierta contradicción con el leitmotiv de muchos “chalecos amarillos” cuando ven acercarse una cámara: “Vengan a mi casa y les enseñaré el frigorífico vacío”.

De las incontables entrevistas en los medios hablados o escritos se desprende una constante: el entusiasmo con que muchos de los par-

ticipantes relatan el descubrimiento de una nueva dinámica relacional, de una sociabilidad intensa y cálida que no creían posible. En la “revuelta de los *ronds-points*” se establecen, por lo visto, vínculos de todo tipo, incluso amorosos. Han aprendido a convivir, a escucharse y a respetarse gente de opiniones contrastadas cuando no radicalmente opuestas. Los okupas de las rotondas son generalmente moderados y pacíficos, por más que se muestren a menudo muy vehementes. El panorama cambia cuando nos asomamos al elenco de los cabecillas salidos de la nada como ocurre en todos los procesos de efervescencia popular. Surgen por doquier, como moscas a la miel, atraídos por los micros y las cámaras del mundo mundial. Los hay interesantes, juiciosos y avispados, son los menos, y los hay insufribles, descerebrados e inquietantes, los más. Pero la angustia surge cuando nos sumergimos en el abismo de las redes sociales, fundamental en el nacimiento, el auge y la continuidad del movimiento.

Pierre Bourdieu (1930-2002), el gran gurú de la sociología entre los años 1980- 2000, creó la importante noción de “capital cultural”, casi más importante que el *económico* para entender la reproducción del orden social. Por “capital cultural” se entiende la fundamental diferencia entre la herencia recibida por un niño que nace en una familia con estudios universitarios, con tradición cultural, con suscitada afición a la lectura o biblioteca familiar y la herencia del que nace en una familia donde están ausentes todos estos criterios. En el caso de los “chalecos amarillos” cabe considerar que su carencia de capital cultural es superior a la de capital económico. La mayoría no saben expresarse, les cuesta enhebrar frases, carecen de vocabulario, tienden a repetir en los medios lo que les oyen a sus compañeros más mediatizados. Desde su origen, el movimiento aparece como la absoluta emanación de los grupos de Facebook, algunos con cientos de miles de seguidores.

Leía hace poco un texto de Brice Couturier, perspicaz politólogo, sobre la relación entre populismo y redes sociales. Apoyaba su opinión en los artículos recientes de dos especialistas y analistas del mundo de la información, el británico Jamie Bartlett y el español Enrique Dans. De todo ello cabía inferir que el populismo se caracteriza por proponer respuestas inmediatas y simples a problemas complicados y por designar, generalmente, chivos expiatorios. También pretende hablar en nombre de “la gente sencilla y oprimida” contra una “élite distante y corrompida”. De allí que las redes sociales proporcionen la plataforma ideal para estos dos ángulos de ataque. A través de Internet o de las redes sociales todo aparece ultra sencillo, personalizado, asequible, inmediato. ¡Cuán frustrante se muestra, en comparación, el mundo de la política! Necesita conocimientos, expertos, largos debates, compromisos. Esto choca con nuestros hábitos de consumo mediático: lo queremos todo y lo queremos ahora mismo. En las redes sociales, dice Enrique Dans:

estamos rodeados de “amigos” cuyas opiniones compartimos, que nos hacen sentirnos bien con nosotros mismos, identificados, comprendidos y protegidos. Ellos reafirman nuestras creencias y se convierten en una cámara con eco, una burbuja que filtra lo que leemos, moldea nuestra visión del mundo y simplifica una realidad que encontramos increíblemente compleja. Dame mensajes que quepan en un tweet. Mejor soluciones sencillas, mensajes claros y concisos que no las áreas grises de la incertidumbre frente a problemas complejos que no quiero molestarme en comprender.

Y así los “chalecos amarillos” desconfían de toda fuente de información que no sean sus grupos de Facebook. Entre ellos hay honrosas excepciones. Pero ahí tiende a reinar la diarrea imprecatoria, el complotismo, las “fake news” más delirantes. Fue muy compartido y enri-

quecido cada vez con más detalles el bulo según el cual Macron había organizado el atentado de Estrasburgo (18.XII.2018, cinco muertos y once heridos) para desviar la opinión pública del problema de los “chalecos”.

Solo a través del autismo paranoico generado por los grupos de Facebook se entiende el odio que tantos “chalecos amarillos” profesan hacia Emmanuel Macron. Confieso que me sentí “catastrofado” como se dice en Francia, o sea profundamente consternado, al comprobarlo. Confieso que, de inmediato, no pensé en la teoría del chivo expiatorio sugerida lo mismo por Sloterdijk que por nuestros especialistas en redes. Por más que siempre me haya sentido interesado por la obra de René Girard, el gran expositor de la tesis. Confieso que olvidé hasta qué punto la designación de una cabeza de turco nos da el sentimiento de tener masivamente razón, nos regocija y desahoga hasta extremos difícilmente imaginables.

Confieso que a mí también me ha irritado a veces la forma en que Macron “se pasaba” en sus actitudes de primero de la clase. Siempre pensé que lo hacía para mostrar hasta qué punto él era otra cosa, iba “con la verdad por delante”, sin la demagogia, la caspa y las renunciaciones de sus predecesores. Y aquí era donde se hacía realmente necesario recordar la vigencia y la utilidad de la tesis del “capital cultural”. Los “chalecos amarillos” que odian a Macron, lo hacen precisamente por ser el primero de la clase, por ser demasiado brillante, por mostrarles que su biografía era algo con cuya perspectiva ellos no podrían haber soñado jamás. Le odian por tener razón y despreciarlos. Al menos así lo creen ellos, o quieren creerlo.

La siguiente pregunta es saber adonde irá a parar todo esto. En este preciso momento debo confesar que no tengo la menor idea.

II. REVOLUCIÓN, DEMOCRACIA Y “CHALECOS AMARILLOS”, (21.XII.2018)

Entre los eslóganes y las pancartas de los “chalecos amarillos” proliferan las citas y evocaciones de la “Gran Revolución” (en formulación de Immanuel Kant). Baste recordar que el pobre Macron se ve comparado con Luis XVI y amenazado con verse parecidamente cercenado por la cuchilla igualitaria ideada por el doctor Guillotin. Solo hubo una revolución en la Historia y fue efectivamente la francesa. Porque operó el tránsito de una sociedad regida por el orden divino a una sociedad regida por el orden humano. Dicho de otra forma, llevó a cabo la metamorfosis de unas sociedades determinadas, desde la aparición de los primeros grupos humanos estructurados, por unas representaciones mentales heteronómicas, en unas sociedades determinadas por la autonomía de la razón crítica. Aquella revolución lo fue precisamente porque advino sin saber que lo era, sin poder anticiparse a sí misma. La presunta respuesta del duque de la Rochefoucault a la pregunta de Luis XVI (“¿Es una revuelta?”, “¡No, Majestad, es una revolución!”), “è ben trovata”, que dirían los italianos, “ma non è vera” en absoluto. La Revolución Francesa fue a la vez el barco y las olas que lo zarandeaban. Sus protagonistas se encontraron a bordo de una nave desconocida cuyo nombre solo descubrieron que era el de “Revolución” en plena travesía. Al propio tiempo se veían acorralados por un doble desafío: evitar que el navío naufragara y a la vez -lo nunca visto históricamente- inventar el puerto hipotético adonde arrumbarlo.

Es decir que la Revolución Francesa fue un inaudito terremoto solo después de cuyo advenimiento y decurso pudo cobrar vida la “revolución”, como concepto primero y como representación mental después. Se instaló así en el imaginario occidental un concepto salvífico fundamental, un equivalente terrenal de la escatología cristiana. Deriva bastante lógica a poco que recapitemos y consideremos que la razón autónoma de los revolucionarios no funcionaba en el vacío interese-

lar sino asentada sobre el sedimento de la historia y de las mitologías judeocristianas. El concepto de revolución sería impensable sin la particular teleología de nuestra religión amniótica. La revolución social se convierte pues, tras la francesa y a lo largo del siglo XIX, en la versión moderna de la puerta del paraíso, en el “Santo Advenimiento” como la calificaba lúcidamente Salvador de Madariaga. El quid pro quo es trágico: detrás de la puerta del paraíso decíase que aguardaba la felicidad eterna; detrás de la revolución solo aguardan la contingencia humana y los pedregales de la Historia. La Revolución francesa fue un cataclismo porque operó el tránsito de un orden literalmente “pre-humano” al orden humano. Si elegimos la duración de un día como escala de la duración del orden heterónomo, el que nació con los primeros grupos humanos mínimamente organizados, entonces el tiempo transcurrido desde la Revolución Francesa apenas si llega al último minuto de ese día. Un minuto pues llevamos viviendo, proporcionalmente, en la era moderna del individuo en tanto que sujeto presuntamente responsable y autónomo. Brevidad evolutiva que nos permite comprender, de paso, por qué algunas cabezas todavía no acaban de extirparse fuera de las antiquísimas certezas del orden heterónomo.

Lo que queremos decir es que si la Revolución francesa fue una revolución ontológica, es decir vertical, las que siguieron fueron absurdas tentativas horizontales. Dicho de otra manera la Revolución Francesa arrancó el destino humano a las determinaciones metafísicas. Las revoluciones que siguieron fueron y siguen siendo tentativas infantiles de ofrecerle al Hombre esperanzas pretendidamente sociales que ocultaban la nostalgia de la metafísica. Todas fracasaron estrepitosamente. Porque ya no existe una manera de imponer horizontes metafísicos sin que medien la coerción y el terror. Todas las presuntas revoluciones posteriores a la francesa fueron horizontales porque ya no pretendían subvertir la verticalidad del viejo orden sobrenatural sino actuar sobre

la naturaleza terrenal de las sociedades humanas. Su objetivo era la justicia y la igualdad social. También la Revolución francesa fue una revolución social y este fue el sector donde más cojeó. Las revoluciones sociales fracasaron sistemáticamente porque trataron de imponer una terapia metafísica a cuestiones que solo pueden abordarse desde la racionalidad ética y una conciencia aguda de la deficiencia humana.

La diferencia entre la Revolución francesa y los “chalecos amarillos” es la que media entre una realidad trágica y una función de melodrama pueblerino. Pero en el trasfondo de la comedia subyacen las viejas pulsiones adventistas y metafísicas. La debilidad de los franceses es la propensión a anteponer la igualdad a la libertad, se dice a veces. Se suele completar la formulación añadiendo que la debilidad de los americanos es la inversa. La formulación es evidentemente simplista pero nadie puede dejar de notar la obsesión por su presunta situación de desigualdad que puntúa cualquier declaración de los “chalecos amarillos”. Seguimos sin saber cuál es el peso real en la sociedad de los “chalecos amarillos”. El número de los que salieron a las calles siempre fue minoritario. No creo no obstante que se trate de una pura creación mediática como proclaman algunos. Pero lo que ciertamente fortaleció el movimiento fueron las encuestas que le atribuían al principio un apoyo muy mayoritario de la opinión pública, apoyo que fue bajando al hilo de los desórdenes y los desbordamientos de los famosos “sábados insurreccionales”. Es evidente que los “chalecos” se miraron y se vieron muy guapos en el espejo de los medios, se mitificaron a sí mismos y se autoerigieron -tendencia muy francesa como muy bien explicaba Peter Sloterdijk- en la encarnación del “pueblo soberano”. Síntoma sin duda de una tendencia generalizada, en las viejas democracias occidentales, a convertirse en una representación posmoderna y teatral de sí mismas.

Puro teatro fueron aquellos sábados truculentos, durante los cuales poco les faltó a algunas agencias de viaje para organizar “tours” que permitieran contemplar, desde barrera de sombra, al auténtico pueblo francés practicando su actividad favorita: “la revolución”. Detrás de los antidisturbios -los llamados CRS, o sea “Compañías Republicanas de Seguridad”- detrás de los manifestantes, o en medio de unos y otros, eran muchos cientos los fotógrafos, cámaras y reporteros de universal procedencia, conectando en directo entre las nubes de gases lacrimógenos y el resplandor de las hogueras. Como decía un corresponsal inglés: “Para un reportero, una manifestación en París es como una función en la Scala de Milán cuando se es aficionado a la ópera”. Y aquellos que se manifestaban porque se consideraban los parias de los ghettos periurbanos, inflaban el pecho y pergeñaban, para los micros en directo, frases que sonasen a Saint-Just o Robespierre, o componían la figura y heroicizaban el gesto en el momento de atizarles un adoquino a los CRS. Mientras tanto, dos acendrados demócratas y humanistas, Vladimir Putin y Recep Erdogan suplicaban a las autoridades francesas de moderar el uso de la violencia contra el propio pueblo. Ya lo cantaba La Lupe (1936-1992), “tremenda” cantante cubana: “¡Puro teatro!”.

O “carnavalización” de los momentos políticos como decía Sloterdijk en la citada entrevista. En la misma, reprochaba a un conocido polemista francés que llamase “Jacquerie” a la revuelta de los “chalecos amarillos” cuando la participación de los labradores había sido inexistente. Fue un fallo en el dominio del francés por parte de Sloterdijk, que mostraba desconocer que si la palabra “jacquerie” se refería originalmente a las antiguas y anárquicas revueltas campesinas, hoy se emplea en la general acepción de una revuelta errática y sin objetivos claros. De modo que a mí también me vino en mente, desde un principio, la palabra “jacquerie”, algo que me lleva a compartir lógicamente

el criterio del pensador alemán cuando nos dice que “el movimiento de los “chalecos amarillos” expresa de manera clamorosa la gran crisis de la representación en que estamos inmersos”. En este sentido el rechazo de la representación, la idea, tan extendida entre los “chalecos”, según la cual los parlamentarios y los cuerpos intermediarios solo pueden ser parásitos, ladrones, inútiles o traidores de la voluntad popular, es característica de las culturas democráticas en estado de precariedad.

Vaya por delante la posibilidad de que la democracia difícilmente sea un tipo de régimen político trasladable a la realidad. La hipótesis de que su fundamental dimensión utópica le impida siempre ser otra cosa que una atrevida apuesta filosófica. Los valores democráticos son tan puros y abstractos que solo actúan en tanto que categorías rectoras como decía Kant. Fundamentalmente, la democracia real solo debería ser posible en una sociedad de humanos perfectos. Por algo decía precisamente el sabio de Königsberg que “nada recto se puede hacer con el árbol torcido de la humanidad”. Peor aún, la democracia, porque azuza la inteligencia humana, porque estimula el espíritu crítico, porque extiende y aleja la línea de los horizontes hasta el vértigo, tiende a provocar mayores frustraciones que satisfacciones. Algo de esto venía a contar el gran Albert Camus en “El Hombre Rebelde”. En una sociedad abierta, es decir abierta a los cuatro vientos de las torpezas humanas, siempre existe la seguridad del resfriado. No nos engañemos, la mayoría de los soviéticos acataba el estalinismo que les garantizaba la supervivencia y tenía cerradas a cal y canto las paredes del inmenso establo contra toda corriente de aire fresco. Eran indiferentes al Gulag. Por algo pudo hablar George Orwell de la “Granja de los animales”. Más acongojante casi que la ausencia de libertades, era la plácida aquiescencia borreguil de la mayoría de la sociedad española a la cutrez existencial del franquismo. La gran apuesta de la democracia es también su talón de Aquiles: considerar que a nadie le gusta

ser mediocre, olvidar que la obediencia es más confortable y menos arriesgada que la libertad.

Si las democracias, por definición, son muy imperfectas, es absolutamente legítimo el propósito de mejorarlas. El problema es que casi siempre los remedios propuestos tienden a acabar con ellas. Lo mismo ofrecidos por los de “Podemos” como propuestos por los “chalecos amarillos”. Todos los curanderos de la democracia tienen problemas con la “representación”. Todos quieren buscarle atajos, todos creen en una poción mágica, la de la “democracia directa”. En una sociedad moderna constituida por muchas decenas de millones de destinos individuales, socialmente segmentada en multitud de fracciones sociales, económicas, ideológicas, la simple idea de la “democracia directa”, antes ya que impracticable, es inconcebible. Durante la gran acampada del “15M” en la Puerta del Sol, las asambleas, que reunían algunas decenas de participantes ideológicamente miméticos, cuyos debates eran puramente retóricos, exentos de cualquier impacto concreto sobre el organismo social, duraban horas y terminaban sin toma de decisiones. Los Atenienses, los del campo y los de la ciudad, eran, a la muerte de Pericles, unos 350 000 entre esclavos, metecos (griegos no atenienses) y bárbaros (extranjeros no griegos). Los ciudadanos, varones mayores de 20 años, hijos de padre y madre ateniense, no llegaban a los 50 000. A la “ekklesía”, la asamblea de los ciudadanos, no solían acudir más de 2000. Y para mayor inri, los escritores griegos se han hartado de contarnos los estragos de la demagogia, de las trampas y de la corrupción en aquella democracia originaria. Pero hoy, seguimos acordándonos de Atenas, no de Esparta.

Los sectores más reflexivos de los “chalecos amarillos”, o los asesores de buen consejo que les van saliendo de debajo de las piedras les vienen comiendo el coco con la nueva poción mágica de la democracia: el llamado RIC, o sea Referéndum de Iniciativa Ciudadana. Los

graciosos lo llaman RICARD, (Referéndum de Iniciativa Ciudadana, Apolítico, Republicano y Democrático) como la popular y nacional bebida anisada. Es la supuesta solución, creen ellos, para devolverle la iniciativa al pueblo. No niego las posibilidades del RIC. Pero en ningún caso es una panacea y los “chalecos”, tan críticos con los costos de la democracia, parecen no tener idea del inmenso esfuerzo financiero, logístico y administrativo que supone la organización de un referéndum. En ningún caso podrán ser semanales. Muchos “chalecos amarillos” confiesan ellos mismos formar parte de quienes no suelen acudir muy habitualmente a la llamada de las urnas. Dudo de que les dure mucho el nuevo entusiasmo por la vía referendaria. Lo más grave es que lo que estimula a los “chalecos amarillos” es la idea de que la organización de algún que otro referéndum sobre sus reivindicaciones inmediatas solo podría terminar en una victoria cantada. Algo más que dudoso. Piensan, y no son los únicos, que la democracia solo cobra sentido cuando ganan los suyos. Huelga decir que la genuina piedra de toque democrática se parecería más bien a la actitud contraria.

Para seguir con las metáforas náuticas, la nave macroniana ha quedado seriamente maltrecha por la marejada y no sé cómo podrá completar la travesía. El hombre tiene recursos y me gustaría pensar que el resto de la sociedad también. El inesperado presidente paga una mirada y un corazón excesivamente tecnocráticos. No se puede hablar de “fin del mundo” a gente obsesionada con “el fin de mes”. El fenómeno de los chalecos amarillos acaba de mostrar que también en Francia el funcionamiento de las instituciones democráticas padece entre desengaño y graves fisuras. Tal vez porque hace tiempo que ya no queda en Europa ningún totalitarismo a mano para actuar como repelente. Tal vez porque la única cultura de las nuevas generaciones se la proporcionan los estimulantes centelleos de la pantalla del smartphone, no la anticuada ejercitación de las neuronas. Según una encuesta de

noviembre 2017, en muchos países europeos la frustración con las instituciones democráticas era mayoritaria en la opinión pública. Encabezaban la lista los países del Este: Bulgaria (82% de insatisfechos), Hungría y Croacia (80%), Eslovaquia (74%), Rumanía (67%), Chequia (60%) y Polonia (59%). Entre los países occidentales, Italia tenía 79% de insatisfechos, Grecia (63%), España (60%) y Francia (53%). Una media europea del 33 % consideraba que existen sistemas alternativos tan buenos como la democracia. Observemos, de paso, que China va extendiendo inexorablemente su inmensa sombra sobre el mundo. Ni en la tradición cultural china ni en su lengua clásica existieron nunca los conceptos de democracia ni de libertad individual.

Pd: Los países satisfechos con sus instituciones eran Noruega con un 83% de los encuestados, Suiza (79%), Dinamarca (75%), Finlandia (74%), Países Bajos (67%), Austria (64%), Alemania y Suecia (63%) o Estonia (59%).

III. REVOLUCIÓN, PRODUCCIÓN Y RECTIFICACIÓN, (30.XII.2018)

Creo que mi último trabajo (anterior apartado) sobre el fenómeno de los chalecos amarillos tenía cierta coherencia. Era lo peor que le podía pasar. Porque hace ya bastantes años que hemos dejado de vivir en el mundo de las antiguas coherencias. En el nuevo entorno “globalizado”, como se dice, ya no existen coherencias. Y si existen, todavía tardaremos mucho en aprender a establecerlas. El mapa del futuro globalizado solo está empezando a dibujarse y siguen sin descubrirse las fuentes del nuevo Nilo. El mapa por estrenar está lleno de manchones blancos. Quien crea, en estos lares, que puede seguir paseando, guía Michelin en mano, como un turista de la propia historia, se va a enfrentar con un terrible dilema: o se quedará de convidado de piedra de la incipiente e inquietante globalidad o tendrá que ponerse el casco de corcho de Lord Livingstone, aventurarse en las selvas ignotas de

la nueva historia y tratar de ir dibujando el mapa virgen del futuro de acuerdo con sus propios valores. A sabiendas de que lo más probable es que se lo coman los leones o las tribus todavía desconocidas antes de conseguirlo: para nosotros se acabó el tiempo. Otros serán los cartógrafos del porvenir.

Los “chalecos amarillos” y yo hemos cometido los mismos errores: ellos en el campo de la acción, yo en el de la reflexión y del comentario. El error que compartimos fue el de pensar que la revuelta constituía, hablando en lengua galdosiana, un nuevo “episodio nacional”. Nunca se insistirá lo suficiente en la obsesión de los “chalecos amarillos” por los eslóganes, las citas, los cánticos y las referencias estéticas de la Revolución de 1789. Por mi parte me he pasado el tiempo intentando comprender por qué esta inesperada revuelta parecía tan empeñada en inscribirse en la continuidad de una historia nacional. “Los hombres hacen la historia pero ignoran la historia que hacen” decía la conocida fórmula, esbozada por Marx y pulida por Raymond Aron. Tradicionalmente, quienes podían anticipar su destino o eran aquellos que estaban a punto de suicidarse o aquellos que interpretaban un papel. Notemos que hoy, en cambio, nuestra historia puede anticiparse con un máximo de probabilidades. Y es que, efectivamente, más que en historia se ha quedado en farándula. Los “chalecos amarillos” alardearon de añadirle un apéndice nuevo al libreto clásico de la historia nacional. Y quisieron creer, en esta ocasión, no solamente que hacían la historia, sino también que sabían la historia que estaban haciendo. De modo que solo cabía dividirlos entre los muchos ingenuos, que permanecieron rehenes de una ilusión obsoleta y los listos -pero dudo de que entre ellos hubiese alguno- que actuaron conscientes de que interpretaban, en clave de comedia, el libreto de una vieja tragedia ya definitivamente inservible.

Cuanto más intenso es el zumbido de los reactores, mejor se sostiene el jet en el aire. Es el principio de funcionamiento del capitalismo moderno: solo puede hacerlo con los motores a pleno régimen. Hoy las producciones que garantizan su continuidad ya no se dedican a satisfacer necesidades elementales. Para sobrevivir, el capitalismo tuvo que aprender a pervertir y recuperar toda nueva necesidad humana mediante su inagotable capacidad creativa de nuevos artefactos. Vean el increíble ejemplo de los nuevos e inefables patinetes eléctricos como perversión y recuperación productiva del sano deseo de ¿una movilidad sin coches? Las revoluciones eran posibles cuando quienes las interpretaban nada tenían. Luego, nada podían perder. La mayoría de los “chalecos amarillos” tenía satisfechas las necesidades elementales y su revuelta fue suscitada por las dificultades en satisfacer las nuevas, las inculcadas diariamente en sus cabezas como en las de todos. Lo decía uno de los cabecillas iniciales: “Nuestra lucha es la del poder adquisitivo”. Cuando el Leviatán productivo ruga en modo intensivo, produce bienestar relativo y desigualdad. Pero en cuanto baja de intensidad, solo produce desigualdad. El funcionamiento óptimo del capitalismo, como ya lo entendiera desde un principio el pionero Adam Smith, sigue dependiendo de la total carencia de fe en la bondad del ser humano y del sistemático aprovechamiento de sus flaquezas. La revolución permanente en la calle es incompatible con el óptimo régimen de revoluciones del motor productivo. Tras más de mes y medio de vacaciones en las rotondas y de happenings jacobinos en los escenarios urbanos, las empresas de transporte por carretera dicen que han perdido del orden de 2 000 millones de euros por culpa de los innumerales bloqueos. En una suma equivalente estiman las asociaciones de comerciantes los perjuicios resultantes de los seis sábados de sesión insurreccional en función vermú. Se habla de unos 43 000 empleos a tiempo parcial amenazados por esta mismas razones.

A lo largo del episodio no se vio bandera roja alguna, ni en las rotondas ni en las calles. ¡Ni rastro tampoco de camisetas del Che! Alguna que otra “gwenn ha du”, la bandera bretona, más por referencia simbólica a las tópicos de la cabezonería y rebeldía bretonas que por otra cosa. Y sobre todo, abundante tremolar de banderas tricolores, frecuentes irrupciones de la Marsellesa y otros cánticos derivados. El movimiento de los “chalecos amarillos” apareció como una nostálgica exaltación de las producciones revolucionarias del terruño. Al principio de la revuelta, trató de recuperar la llamada “Francia insumisa”, el equivalente galo de “Podemos”, yendo un poco de prisa. Todavía no se han repuesto de los “zascas” que cosecharon. Se dijo entonces que el movimiento era manipulado por el partido populista de Marine Le Pen. En realidad, no ha habido hasta ahora la menor posibilidad de establecer una significación consciente y consensuada de sus objetivos y valores. Desde un principio su expresión apareció interferida por una multitud de voceros autoproclamados y contradictorios. Incluso las reivindicaciones socioeconómicas inmediatas permanecieron en la indefinición. Pero la naturaleza del movimiento era sin duda mucho más “polisémica”, como dicen los pedantes, y detrás de lo pregonado se intuía lo silenciado. Como detrás de lo melodramático había que aprender a leer lo sintomático.

Lo que, desde luego, saltó a los ojos de cualquier observador, fue que la Francia que se manifestó, a lo largo de mes y medio, era casi exclusivamente blanca. El peso demográfico de la Francia inmigrada y “multirracial” es considerable. Su presencia es mayoritaria en la periferia de todas las ciudades importantes. Su casi total ausencia entre los “chalecos amarillos” solo puede plantear interrogaciones. Máxime cuando no cabe negar que aquellas poblaciones constituyen la mayoría de los batallones económicamente desfavorecidos. Tan ostensible ausencia aparecía pues como un silencio clamorosamente significativo

y era una prueba más de la profunda fractura étnica y cultural. Sin duda se trató de la última ilustración del proceso inexorable de comunitarización del cuerpo de la nación. Los “chalecos” trataron de interpretar unos papeles históricos inspirados en las estampas de sus libros de colegio. La Francia inmigrada desconoce mayoritariamente lo más elemental de esta historia que le es además indiferente, cuando no aborrecible, ella y los valores que la acompañan. En las “banlieues”, en los barrios periféricos, se conoce a los franceses “de siempre” como los “gaulois”, los galos. Huelga añadir que, en su boca, la expresión es altamente peyorativa. En cambio muchos campamentos de los “chalecos amarillos” se erigieron bajo la advocación de los Dioscuros Asterix y Obelix mientras cantidad de clanes de las rotondas gustaban precisamente de autorreferirse con el común denominador de “galo”, variadamente adjetivado. Para la Francia “multicultural”, en cambio, lo sucedido parece haberse interpretado como las expresiones de una tribu ajena, la de los franceses “nativos”, provisionalmente mayoritaria y dominante. La lógica del repliegue tribalista fue más poderosa que la coincidencia en el padecimiento, incluso agravado, de concretos problemas socioeconómicos. Cabe augurar que el serial de los “chalecos amarillos” aparecerá algún día como el inocente aguacero aperitivo que preludiva una tormenta mucho más devastadora.

¿Populistas de izquierda, los “chalecos amarillos” o populistas de derechas? La aberrante espacialización de las categorizaciones ideológicas es un sesgo cognitivo que tiene condicionadas nuestras cabezas. Y así antes de oponer los extremos convendría hablar de su extrema coincidencia previa en una invariancia nuclear: común incapacidad de acceder a la complejidad de las cosas, aversión por el disenso y consiguiente creencia en la existencia de soluciones sencillas y definitivas. Luego, en sus versiones químicamente puras, unos, los de derechas, divergen hacia una visión biológica y estancada de los comportamien-

tos sociales mientras los otros, los de izquierdas, los creen regidos por un férreo determinismo social e ideológico. Las rutinarias preguntas alrededor de los chalecos amarillos han vuelto a mostrar que la bipolaridad espacial de la política secuestra toda posibilidad de un pensamiento autónomo. Hay quienes necesitan esta falsilla para situarse y se acomodan encantados en la caseta que les corresponde, o así lo creen. Pero son cada vez más numerosos los reacios a tumbarse en esa cama de Procusto. Cuando actúa liberada de la determinación bipolar, de las capellanías ideológicas, del miedo a la excomunión, la razón se despeza y ronronea a gusto como un preso clorótico que descubre el aire de las cumbres tras años de calabozo. El individuo descubre entonces la libre elaboración de su propia coherencia. El nuevo caminante sabe que no hay final del camino, por la simple razón – como decía el poeta – de que no hay más camino que el que se traza al andar y todo lo que se puede esperar en la vida es mejorar algo su empedrado.

Pero la democracia, lo recordábamos hace unos días, no es un régimen político real sino siempre potencial. Porque es el régimen de la sociedad potencialmente educada, en todas las acepciones de la palabra. Repito que los “chalecos amarillos” mostraron mayoritariamente, y siguen mostrando día a día, su déficit de “capital cultural”, por recordar otra vez a Bourdieu. Es decir que no cabe encontrarlos en los nuevos territorios de la reflexión política melindrosamente esbozados hace un instante. ¿De izquierda o de derecha, los “chalecos amarillos”? Como era de esperar, tendieron a sumar los peores tópicos de ambos extremos. El movimiento estalló como protesta contra una subida de las tasas sobre carburantes, que se presentaba con vocación pedagógica frente a los retos climáticos y ecológicos. ¡Torpeza absoluta! Se penalizó el gasóleo cotidiano de quien sale cada mañana a buscarse la vida, mientras sigue resultando casi más barato ir desde Madrid a Nueva York en avión que de Madrid a Sevilla en coche. La injusticia les pare-

ció feudal a los “chalecos”. Las aristocracias del saber y de la competencia deben tener cierta legitimidad. Pero en este caso se comportaron y fueron percibidas como el resurgimiento de la vieja arbitrariedad de casta. De ahí la recaída en el síndrome de la Bastilla.

Mientras tanto, hace solo unos días, una petición titulada “l’affaire du siècle” o sea “el asunto del siglo”, demandando al Estado ante los tribunales “por inacción frente al cambio climático”, recogía en menos de una semana casi dos millones de firmas. La Francia de los “bobós” contra la Francia de los bobos, podría decir algún chistoso impenitente. Algo de esto hay porque estamos en la era de las “unanidades parciales”: vengan iniciativas valientes si no me afectan a mí. Los anglosajones dicen más prosaicamente “not in my back yard”. Obligado a definirme escueta y fundamentalmente, no me importaría hacerlo como un ecologista radical: ni el individuo ni el ciudadano pueden realizarse en un entorno natural degradado por dos formas de irresponsabilidad humana: la ciega codicia económica y la proliferación demográfica. Nunca perdonaré al franquismo el Guernica del litoral mediterráneo, su total devastación minuciosamente planificada. No perdono a la España democrática la persistencia invasiva de su amor al cemento como símbolo de paz y prosperidad.

No sé si esta salida del armario ambientalista puede resultar sorprendente. Mi ecologismo “radical” -no me molesta el adjetivo- me ha acompañado siempre como el forro inseparable de toda vestidura reflexiva. Lo puedo olvidar en momentos concretos como uno olvida su propia sombra: no dejará por ello de acompañarnos. Es posible que mi poca insistencia en el tema tenga que ver con el sentimiento de dirigirme a personas indiferentes, o incluso hostiles, a esta dimensión del pensamiento. Mi actitud tiene que ver con el tacto compasivo de quien sabe que su interlocutor padece una grave dolencia y evita evocarla en su presencia. La realidad de la democracia ateniense fue mucho menos

brillante de cómo la ha venido fabricando nuestro recuerdo mítico. Pero, irresistiblemente, la asociamos con Fidias y con la belleza ática e imperecedera. Personalmente, tampoco puedo separar la calidad de una nación de la percepción inmediata -forzosamente arbitraria, forzosamente relativa- de su grado de relación con la belleza. Las actitudes de quienes proclaman un celoso amor a su país pero se muestran indiferentes a su proceso de degradación, ambiental, urbana y estética, me parecen una forma de patología autista.

La mayoría de los “chalecos amarillos”, egresados de lo que llamábamos hace unas semanas la Francia “moche”, la Francia fea y periurbana, ya han regresado a sus domicilios. Parte de culpa les toca en aquella fealdad. No toda. Y en el fondo han tratado de humanizarla. Son incontables las horas que millones de jubilados hacendosos dedican, en sus casitas y jardincitos, a trabajar intentando compensar los desastres de los urbanistas bajo los macizos de tulipanes y el impresionante repertorio de mercaderías kitsch, disponibles en el departamento “casa y jardín” de los centros comerciales. En las calles sigue manteniendo encendida la llama (demasiado literalmente) un conglomerado de algunos centenares de aprendices de nihilistas, de folloneros profesionales, de “sans-culottes” cosecha vendimias tardías y de aquellos que esperan salir en los canales de información continua para que los vea su cuñado (lo ideal, pillados en postura de heroico forcejeo con un antidisturbios). “Actuar localmente; pensar globalmente” es una fórmula binaria actualmente muy de moda pero no desprovista de sabiduría por los tiempos que corren. Quemando comercios y mobiliario urbano, los “chalecos amarillos” solo vienen practicando una forma muy sui generis del primer elemento de la fórmula. En cambio no se dan cuenta de que su vida la sigue determinando gente que piensa y actúa en base al segundo.

IV. RAZÓN Y RESENTIMIENTO, (28.I.2019)

No recuerdo quien dijo de Francia que era el pueblo político por excelencia ni quien sentenciaba que cuando Francia estornudaba toda Europa se acatarraba. Pero voy comprobando cómo la interminable sucesión de los episodios del culebrón en amarillo se va perfilando efectivamente como la adaptación televisiva de un tratado escolar de política práctica. Mientras el populismo italiano de un Matteo Salvini, por dar un ejemplo, se va enterrando cada día que pasa en un nacionalismo casoso de manoseado repertorio, repartido entre frustración, impotencia, mussolinismo light y commedia dell'arte, más y mejor la revolucionaria fiesta de disfraces que se ha instalado en Francia, puntuada por las funciones televisivas de cada sábado, viene enumerando como en un libro abierto el repertorio de todos los achaques de las viejas democracias europeas.

Hojeaba, hace pocos días un libro dedicado a la larga historia del concepto de pueblo. No contaba gran cosa que ya no supiéramos. La palabra “pueblo” sirve para un roto como para un descosido. Al principio, el “pueblo romano”, por dar un ejemplo y porque fue como quien dice el que ostentó la denominación de origen, era el “ethnos”, el conjunto de la población en su etnicidad y generalidad. Luego, tradicionalmente y durante muchos siglos, la noción de pueblo vino designando la parte más numerosa, humilde y menos educada de la población de un país. A partir de la Ilustración -hablando grosso modo- esta definición empezó a traer connotada la idea de que la subordinación política, social y económica de lo que se venía denominando pueblo no era el resultado de las “desigualdades naturales” sino el producto artificial de un orden social fundamentalmente arbitrario. La Revolución Francesa convertiría el pueblo sociológico mayoritario en el pueblo político, entronizado en tanto que instrumento de su propia emancipación. Conviene no olvidar que en vísperas de la dicha Revolución, Nobleza

e Iglesia sumaban poco más de medio millón de personas. Es decir que el pueblo, tanto en su definición económica como, de nuevo cuño, política, constituía el 98% de la población. La tentación era grande, y en gran medida legítima, de identificar voluntad popular y “voluntad general”, entendida como la que Rousseau describiera en “El Contrato Social”.

La fecha de la terrible jornada del 10 de Agosto de 1792 marca una frontera. Fue el día de la “gran transgresión”, el día de la toma violenta de las Tullerías por la multitud enardecida, de la masacre de la Guardia Suiza y del secuestro y desacralización definitiva de la persona del Rey. Fuera de París, la mayoría popular, que había visto satisfechas las aspiraciones fundamentales que constituyeran el desencadenante de los acontecimientos de 1789, tendió a retirarse progresivamente de la palestra. No entendía y en muchos casos no compartía la radicalidad y el mesianismo autista de los debates que, a partir de entonces, centraron la actividad de la dirigencia ideológica durante el año y medio de la revolución jacobina y, menos aún, su deriva trágica. En aquellos momentos el “pueblo” se fue quedando reducido a algunas decenas de miles de individuos de los suburbios, reunidos en la llamada “Comuna Insurreccional” apoyada en las famosas y temibles “secciones de piqueiros”. Su vigilante y hosca presión determinó muchas de las decisiones políticas entre julio de 1792 y Thermidor (julio/agosto) 1794. Y según una lógica autodestructiva de los activismos políticos radicales desde entonces jamás desmentida, aquella minoría se fue descomponiendo todavía más al hilo de los terribles acontecimientos. Cuando se produjo el golpe del 9 Thermidor, (27 de julio), de 1794, contra Robespierre y sus amigos, lo que quedaba del “pueblo” ni se molestó en salir de sus barrios para auxiliar al “Incorruptible”.

A partir de entonces y hasta entrado el siglo XX, sin duda podemos apurar las fechas hasta la Segunda Guerra Mundial, el llamado pueblo

seguiría englobando una mayoría de desfavorecidos pero con un peso estadístico siempre decreciente en la proporción general. Hoy la complejidad y la pluralidad de las estratificaciones sociales, económicas, educativas, definen sociedades inconmensurables con las tradicionales. Conformadas por grupos, estatutos y situaciones, sino casi atomizadas ya muy diferenciadas. Hemos tenido que ir admitiendo que lo que queda del pueblo en el sentido más lato apuntado hace un instante ya dista mucho de poder identificarse con la “voluntad general”. Las crisis de los últimos años, que llevaron a los actuales remolinos, han trastornado el tejido social sin que los propios actores tuvieran, al principio, cabal conciencia de lo que estaba ocurriendo. Particularmente en Francia donde ni la crisis de 2008 ni los gobiernos golpearon al “pueblo” con la contundencia que en España. Ahora es cuando se está produciendo en Francia la “réplica” sísmica diferida.

En las sociedades posmodernas, el propio contenido de la conciencia social individual, el sentimiento personal que cada uno experimenta relativo a su grado de inserción, bienestar, igualdad o desigualdad social, puede ser ambiguo, cambiante y contradictorio. Quien se consideraba de clase media puede sentirse hoy de repente proletarizado. De allí la táctica populista pregonada por Chantal Mouffe, la ideóloga de “Podemos” para intentar reconstruir desesperadamente, cual capa de muchos remiendos, un “pueblo” que volviera a ser mayoritario en base a un batiburrillo de sectores sociales y malestares heteróclitos. Pero la realidad actual es muy otra y nos muestra cómo el contenido de la referencia al “pueblo” ha venido hoy a encogerse, de manera rabiosamente subjetiva, hasta quedarse reducido al fragmento de la población, por minoritario que sea, que comulga con los planteamientos de quien invoca la palabra sagrada. De ahí una deriva hacia la sacralización y el autismo: nuestro “pueblo” particular tal vez sea minoritario pero aún así es el portador de la “verdad” simbólica y política.

He insistido mucho sobre la asombrosa obsesión de los manifestantes por las referencias a la Revolución francesa. Contra las evidencias de su carácter socialmente heterogéneo, los “chalecos amarillos”, en una descarada pulsión nostálgica han decidido auto-investirse no solamente como el “verdadero” pueblo, sustancialmente homogéneo y mayoritario, sino como los herederos del pueblo “fundador”, el de la Gran Revolución. Son constantes sus vituperios contra la supuesta “monarquía macroniana”, contra las nuevas “feudalidades”, encarnadas por “las élites tecnocráticas” y sobre todo pululan las invocaciones a la guillotina, las retóricas amenazas de pasar por la oblicua cuchilla de la gran niveladora la larga nómina de los “podridos”. El pueblo de la Revolución era igualitario y vengador pero no era precisamente democrático. Ahora bien nunca se insistirá lo suficiente en el hecho de que cualquier crítica a un supuesto carácter antidemocrático de la Revolución francesa es históricamente absurda y queda “fuera de cacho” como decimos en los Toros. El papel de la Revolución Francesa no fue la instauración de la democracia, sino la ruptura teatral con el orden estamental pre-moderno. Un orden que lo mismo podemos llamar heterónimo, sagrado o arbitrario. En este caso concreto los tres adjetivos deben considerarse como sinónimos.

Pero con esta ruptura, por vía de consecuencia, la Revolución francesa sí que estableció, hablando en términos kantianos, “las condiciones de posibilidad” histórica de la democracia, establecidas sobre la instauración de la autonomía intelectual y la igualdad de derechos del sujeto humano. Con todo, algo hizo la Revolución para articular los primeros balbuceos prácticos de la democracia, primero a través de la Asamblea Constituyente (1789-1791), después con la Asamblea Legislativa (1791-1792) e incluso durante la llamada “Convención Nacional” (septiembre 1792-octubre 1795). Quienes instauraron el dictatorial y sangriento Comité de Salvación Pública (abril 1793-julio 1794),

forzado por lo torbellinos de la Historia (guerras exteriores e interiores, problemas económicos) eran los primeros en admitir su carácter anómalo y su vocación de provisionalidad.

Al fin y al cabo todo esto es lo de menos: baste recordar aquí que la fase activa de la erupción revolucionaria no llegó a los 5 años. Así como se habla, casi con vértigo, del contraste entre la infinita densidad del Universo anterior al Big Bang y una masa que se supone ínfima, podríamos decir que la densidad de los acontecimientos que se sucedieron a lo largo de aquellos efímeros 5 años corresponde a una actividad histórica normalmente multiseccular. No la vamos a resumir aquí. Solo cabe repetir que hablar de posibilidades democráticas durante aquel vertiginoso *bigbang* de la Historia queda simplemente fuera de lugar. La democracia requiere tiempo y sosiego. Además en aquel estado inicial de la sociedad civil, los revolucionarios desconfiaban de cualquier institución intermediaria que consideraban generadora de manipulación y corrupción. Los Jacobinos creían a machamartillo en la democracia directa y en el ejercicio “in-mediató” de la famosa “voluntad general”. Lo único que pudieron practicar durante poco más de un año fue un terror impositivo antinómico con sus ideales abstractos. Fue el primero de una larga serie de malentendidos trágicos entre la teoría política y la contingencia histórica que iban a caracterizar la historia de la modernidad.

Los “chalecos amarillos” se consideran los descendientes de los “Sans-Culottes”. No han parado de proclamarlo a los cuatro vientos. Su filiación directa tratan de expresarla de manera muy parecida a sus antepasados a través del espíritu vengativo, del igualitarismo nivelador y de una obsesiva forma de resentimiento. Si el odio por la aristocracia caracterizó a los “Sans-Culottes” originales, los nuevos populismos -no paran de decirnos- se caracterizan por el odio a las “élites”. Entiendo que las élites y la aristocracia son cosas muy distintas, por no decir

contradictorias. Semánticamente, las élites las constituyen los mejores, los más capacitados. Las aristocracias, en cambio, han reunido tradicionalmente a quienes se consideran los mejores, por rutina, herencia o tradición, pero en ausencia de toda posibilidad de evaluación y no digamos de “desclasificación” en ausencia de reales merecimientos. El estupendo término de “epistocracia”, se refiere a un tipo de gobernanza tributaria del saber de los expertos. Es indudable que la loable obsesión de Emmanuel Macron por la eficacia y los resultados le ha venido arrastrando a privilegiar algún tipo de “epistocracia”. Trató de sustituir el círculo infernal de la divisoria tradicional entre Izquierda y Derecha, por un “círculo de la razón” integrado por buenas voluntades y competencias procedentes de ambos horizontes. Yo fui de los seducidos. Pero es cierto que los privilegiados cerebros del Elíseo tendieron a verse muy guapos en los espejos de los pasillos y les faltó oídos para el runrún de la opinión pública y de sus frustraciones ascendentes. El problema es que a toda élite, a toda epistocracia, la acecha el peligro del aislamiento, de la condescendencia y de la auto-perpetuación, o sea la tentación de convertirse en una aristocracia.

No nos confundamos: históricamente, el resentimiento fue un motor positivo contra la arbitrariedad. Se trataba entonces de un “re-sentimiento”, es decir un sentimiento que se revuelve y se repite como pez mordiendo la cola, justificado cuando la existencia del Hombre no depende de sí mismo sino del capricho de otros hombres y no le pertenece ni la naturalidad de los propios sentimientos. Han pasado 230 años desde la Revolución francesa. Pero en realidad puede que nos separe de ella un milenio si nos regimos por la masa del caudal científico y epistemológico alumbrado desde entonces por la modernidad. Vivimos en una sociedad de injusticias pero ya no en una sociedad fundamentalmente injusta. Y menos aún arbitraria. El resentimiento de los “chalecos amarillos” de ningún modo puede parecerse al “re

– sentimiento” de los “Sans-culottes”. Parece más bien empeñado en darle la razón a Nietzsche: “Mientras que toda moral noble brota de un triunfante decir SÍ a uno mismo, la moral de esclavos dice de antemano NO y este NO es su acto creador”. La epistocracia, basada en la competencia y la capacidad, es tributaria del proceso de selección que caracteriza la meritocracia. El resentimiento de los chalecos amarillos propende a negar el propio concepto de mérito y pone en práctica unos ruines mecanismos que evocan la nietzscheana “moral de esclavos”. Se trata de reputar malvado o corrupto al que sabe, o al que piensa, o al que recuerda que la sociedad es frágil y compleja y que lo que distingue al ser humano del animal es la inevitabilidad del carácter diferido entre deseos y satisfacciones. En un segundo momento, claro, se tratará de acreditar la idea mística de que los “chalecos amarillos” encarnan la sacralidad del “pueblo” y el pueblo, por definición, “sabe”. Él conoce los atajos de la ciencia infusa.

Todas las revoluciones del resentimiento se han caracterizado por el odio al saber y a la competencia. La Revolución Cultural china ponía a barrer aceras a los astrofísicos de excesiva tibieza maoísta. Es conmovedor el afán renovador de la democracia manifestado por los “chalecos amarillos”. Por más que todas las estadísticas nos dicen que la mayoría de ellos solían manifestar escaso interés por el papel de las urnas. En Madrid, en cuanto descarga un aguacero, salen a la calle inmigrantes de Bangladesh para proponer endebles paraguas por 3 o 4 euros. En Francia, frente al chaparrón de supuestas demandas democráticas de los “chalecos”, muchos profesores y doctorandos de ciencias políticas han salido asimismo a la calle y a las columnas de los periódicos para proponer sus pócimas y mercancías teóricas en mejora de la democracia. Frente a la total indiferencia de los interesados. Primero porque fuera de la cuenta del grupo de facebook no suelen tener hábitos de lectura. Lo que “mola” para ellos, lo que lle-

van semanas agitándolo como un sonajero, es la ensoñación del mítico RIC, el Referéndum de Iniciativa Ciudadana. No suelen tener idea de su posible funcionamiento. Creen haber entendido que con este nuevo gadget podrían desmontar y anular a su antojo las leyes votadas por los cuerpos representativos. Y sustituirlas por sus ensoñaciones irrealistas ¡claro! Frente al primer intento en muchos decenios de una política de la razón y la efectividad, ha surgido inesperadamente una inquietante política del iletrismo y el resentimiento.

V. LA HISTORIA INTERMINABLE, (21.II.2019)

El sábado 16 de febrero, los canales informativos ofrecían a los hogares franceses el episodio XIV - ¡sí, sí, ya vamos con el XIV! - de la interminable serie “Chalecos amarillos in the Street”. Tras varias semanas en Madrid, tenía yo algo descuidados los últimos capítulos del culebrón galo, más pendiente del inminente estreno de una nueva serie española que promete asimismo altas marcas de audiencia y probable longevidad: “Lazos amarillos in the Court”. Con evidente cobardía, la propia de todos los intelectuales...o seudointelectuales, propendo a refugiarme en el burladero de las disquisiciones teóricas sobre política de las ideas e ideas de la política antes que exponer la ingele ante la actualidad inmediata, pues mi criterio suele mostrarse sólitamente desastroso. De allí mi mezquina satisfacción, al iniciar este quinto episodio, observando que el discurrir de la saga chalequil se va ateniendo fielmente a mis pasados pronósticos.

He reivindicado en más de una ocasión la mayor proximidad ideológica con el filósofo Alain Finkielkraut, que bien a pesar suyo, se convirtió el pasado fin de semana en símbolo, síntoma y catalizador de las derivas del movimiento. Compartí con él la simpatía y benevolencia iniciales hacia una protesta que parecía gozar de legitimidad social y política. Una revuelta que empezó siendo la de una Francia periur-

bana, desatendida, postergada y “anonimizada” por las élites políticas e intelectuales parisinas. La expresión de una fractura que amenazaba todo el edificio social. Como él voy contemplando también las últimas e inquietantes peripecias de la aventura, el auge, semana tras semana, de la arrogancia impositiva y del afán de protagonismo mediático.

En el momento de esta quinta entrega, llegados a un punto en que tan disminuido y estancado como hosco y resentido se halla el movimiento, nada ha venido a infirmar lo que hemos venido tratando de expresar. Como lo fuimos anticipando en el capítulo anterior, la gran mayoría de los “chalecos” iniciales han regresado a casa y con ellos buena parte de las reivindicaciones iniciales. Hoy, importa decir que, como corresponde a una época de absoluta mercantilización y “customización”, tanto de los objetos como de las personas y de las ideas, el producto que se ofrece ahora dentro del envoltorio “chaleco amarillo” poco tiene que ver ya con el original. Permanece un núcleo duro de activistas, carentes ya de formulaciones reivindicativas concretas, federados por el odio irracional a Emmanuel Macron, por actitudes que podríamos resumir con el comodín de las posturas “antisistema” y por lazos que el paso del tiempo ha transformado en clánicos. Para muchos de los pertinaces, el “rendez-vous” de los sábados se ha convertido en un elemento imprescindible de vínculo social y de convivencia. Este es sin duda el único factor todavía susceptible de despertar cierta indulgencia.

La novedad preocupante es la incorporación tardía, pero masiva, determinante y beligerante de los militantes de extrema izquierda y de extrema derecha que han modificado radicalmente la sociología inicial del grupo. Lo interesante es comprobar cómo, en ausencia de cabezas pensantes y de instructores doctrinales que les provean de una cartilla ideológica (ambos extremos juegan la misma baza de la discreción en su tentativa de recuperación no obstante evidente para todos), reina y

les acerca una común indefinición ideológica basada en la demagogia, la creencia en la inmediatez de las metas, la voluntad excluyente y una misma incapacidad para entender la complejidad de los mecanismos institucionales que requiere el funcionamiento de la democracia representativa. Así ocurrió históricamente, durante los primeros decenios del siglo XX, con el magma indiferenciado de las masas pre-comunistas o pre-fascistas hasta que la violencia permitía que una de las doctrinas consiguiese imponer su etiqueta ideológica. En una interesante reflexión publicada en “El Mundo” el pasado 14 de febrero, el ensayista vasco Joseba Arregi emitía la hipótesis de que “quizá descubramos que el populismo no es otra cosa que la traducción a la política del infantilismo que caracteriza a la cultura en general, infantilismo reforzado por las encuestas, los amigos y seguidores de las redes sociales y la presencia continua en las mismas. Un infantilismo que ha minusvalorado la perdurabilidad de las instituciones y su peso histórico...”.

En esas estamos efectivamente. Lo advertí en las anteriores entregas: los “Chalecos amarillos” son un puro producto de Facebook. Primero por la capacidad de convocatoria del medio que explica la persistencia y la ubicuidad de las movilizaciones. Luego en tanto que resultado de la simplicidad de los mecanismos tribales actuados por la red social. Producto de su capacidad de generar autismos grupales y aglutinantes (de cientos de miles de personas) donde nadie discrepa, nadie cuestiona la información difundida en el interior del grupo, nadie pregunta por su fiabilidad ni por la procedencia y verificabilidad de las fuentes. Allí crece de manera exponencial la estructura auto-portante y reconfortante del consenso, el calor uterino de la unanimidad. El “fascismo” venidero podría quedar resumido en esta pesadilla: la perspectiva de un grupo de Facebook socialmente mayoritario. “Este infantilismo viene acompañado casi necesariamente de arcaísmos” proseguía Arregi en la citada tribuna. Yo diría que en este caso, el de los

“Chalecos amarillos”, infantilismo y arcaísmo son una sola y misma cosa. En nosotros, los humanos, coinciden los tiempos larguísimos, lentísimos de la “hominización” y los tiempos cortísimos, recientísimos de la “humanización”. Dicho de otra forma, coinciden en nosotros dos temporalidades incompatibles, la de las raíces evolutivas y la de la agentividad histórica. Políticamente y arriesgándonos a hablar de manera absoluta, caricatural, la pura derecha sería arcaísmo, la pura izquierda infantilismo. En realidad deberemos admitir que arcaísmo e infantilismo, con mínimos cambios en la dosificación, conforman los cimientos de todo individuo social.

Con tantas posibilidades como ofrece el ejercicio del entendimiento, a estas alturas no debería quedar lugar para una política de creencias. No debería ser nunca la política cuestión de “fe”. Para quienes pretenden vivir dentro del “círculo de la razón” se trata de navegar entre dos peligros, el escollo de la pesada herencia neuronal del primate y la tentación infantil de la salvación al socaire de cualquier ideológica salvífica promotora de alguna versión del “porvenir radiante”. Más allá de arcaísmo e infantilismo, sin duda determinado por ellos, el problema de los actuales “chalecos amarillos” es su alergia radical y significativa a las jerarquías derivadas del saber y de la competencia. Su particular universo del auto-repliegue y del malestar parece inducido mucho menos por la situación social o los problemas de nivel adquisitivo que -lo dijimos en su momento y seguimos insistiendo- por la conciencia dolorosa de un evidente déficit de “capital cultural”, según concepto elaborado por Pierre Bourdieu, el que fuera, hace dos decenios, gurú de la sociología crítica.

Históricamente y por razones que veo difícil designar de otra manera que no sea “selección natural”, cualquier movimiento reivindicativo duradero y apoyado en una importante base social termina engendrando cabecillas e incluso cabezas. Al hilo de las semanas, fue-

ron emergiendo entre los “chalecos amarillos” mujeres y hombres nuevos, obviamente proactivos, portadores de iniciativa intelectual y de liderazgo. Todos sin excepción, ellas y ellos, fueron objeto sistemático de insultos, de acoso inmisericorde en las redes sociales, de amenazas de muerte, hasta conseguir que regresasen al silencio y al anonimato o abandonasen el movimiento. El último caso fue el de Ingrid Levavasseur (curioso apellido histórico que designaba en francés medieval el vasallo de un vasallo) modesta auxiliar de enfermería de 31 años, que pretendía lanzar una candidatura “amarilla” en las próximas elecciones europeas. La voluntariosa pelirroja se vio rodeada, insultada y amenazada en el marco de la ritual manifestación parisina del sábado 16 de febrero y tuvo que ser ex-filtrada por la policía. Nada más edificante que tamaña obcecación de los “Chalecos amarillos”, semejante odio por cualquier cabeza susceptible de sobresalir. Nada más revelador de los motivos inconscientes que alimentan sus constantes referencias retóricas a la guillotina, a “la gran niveladora” como la habían apodado los “Sans-Culottes”. Lo que queda de las fuerzas vivas de los “Chalecos amarillos” se ha convertido en un ghetto igualitario estancado, nos repetimos, en una cultura del resentimiento.

Cabe que esta última manifestación parisina señale, de alguna manera, un antes y un después tras la emoción suscitada por la agresión antisemita de que fue objeto el entrañable Alain Finkielkraut en el bulevar de Montparnasse cuando ejercía su derecho ciudadano a enterarse de lo que estaba pasando. Cualquiera pudo darse cuenta, en las imágenes televisivas, de que entre los agresores del autor de “La Identidad Desdichada” destacaba un personaje con claro acento y aspecto físico de salafista como salafista era el tenor de sus insultos: “Dios te va a castigar, asesino,... sionista asqueroso...irás al infierno...debes morir...Francia es nuestra...nosotros somos el pueblo...”. Esto a modo de edificante florilegio de más amplios improperios. Las autoridades

remolonearon lo suyo antes de identificarlo oficialmente: sempiterno temor a la “estigmatización” de los musulmanes por más que muchos se pinten solos para hacerlo.

La gran novedad puede ser la irrupción de este tipo de individuos en las manifestaciones de los “chalecos amarillos”. Clara señal de la deriva del movimiento. La voluntad de agotar las instituciones y desestabilizarlas es cada vez más clara por más que calificar la situación de “pre-fascista” como le oía hace pocos días a un ex-director de “Le Monde” particularmente pusilánime y timorato, me parece pelín excesivo. Pero admito que cada día se impone con más fuerza en mi cabeza el recuerdo del título de un polémico libro que François Mitterrand dedicara a de Gaulle en 1964: “El golpe de estado permanente”.

En los meses previos a la Revolución Francesa y tras la convocatoria de los Estados Generales se procedió en muchos municipios a la redacción y recopilación de los llamados “Cahiers de doléances”, es decir los “cuadernos de quejas” encargados de llevar hasta los oídos del Rey todo aquello que no funcionaba a lo largo y ancho del país. Los “chalecos amarillos”, en su conocida dependencia escolar de la mitología revolucionaria, lanzaron la idea de unos nuevos “Cahiers de doléances”. Macron supo agarrar la pelota al vuelo y propuso la organización de un “Gran Debate Nacional” actualmente en fase de realización, parece que con resultados alentadores: muchas reuniones en muchos municipios donde una notable afluencia de participantes emiten multitud de quejas, ideas y sugerencias de todo tipo, luego recogidas en los nuevos “Cahiers de doléance”.

No sé bien cómo se procederá para sintetizar, escrutar y aprovechar de manera práctica el caudal del material recogido. Que el funcionamiento de cualquier democracia sea siempre más complejo que el mecanismo del reloj más sutil es algo que los “chalecos amarillos” se niegan a comprender. No sé si aquello podrá desembocar en resultados

concretos, pero los mismos que estuvieron al originarse la iniciativa califican ahora el “Gran Debate” como “poudre de Perlimpinpin” macroniana, o sea “polvos de la madre Celestina” para decirlo en buen romance. De nuevo el aludido temor a la expresión y formulación de las ideas, al contraste de opiniones, al horizonte de la complejidad. He evitado el uso de la palabra en varios momentos de este trabajo, pero es obvio que no hay más remedio que hablar de nihilismo para definir la deriva actual del movimiento.

No me cabe duda, no obstante, de que el fenómeno de los “chalecos amarillos” es también sintomático de otras dolencias graves todavía ocultas y latentes. Aquello quiere decirnos “algo”. Algo que está ahí, que de momento no intuimos pero que no dejará de revelarse en un plazo más o menos breve. Ya estamos en condiciones de admitir que el estallido del movimiento fue el indicio de una profunda crisis de la cultura democrática. De las tres referencias que componían la terna que permitió la construcción de un consenso mayoritario sobre la democracia, tras la Segunda Guerra Mundial, dos eran negativas: por un lado, la propia tragedia bélica y los horrores del nazismo; por otro, el repelente político y social constituido por el universo soviético. La referencia positiva fue la larga “happy hour” económica de treinta años, la edad de oro del capitalismo desarrollista (1945-1975). Así, durante tres generaciones, cualesquiera que fueran los avatares políticos, la democracia no tuvo ninguna dificultad en aparecer, empírica y comparativamente, como el menos malo de los regímenes políticos posibles. Aquella triple coincidencia fue excepcional. Sin duda irrepetible.

Hoy todas las memorias históricas se van esfumando. En la cabeza de muchos “millennials” tardíos está en trance de ausentarse, si es que ya no lo ha hecho, la memoria de las tragedias del siglo XX como la de la bonanza económica. La democracia vuelve a aparecer en su

verdad desnuda e inerme: como el contrario de una evidencia. Como una apuesta arriesgadísima y el producto necesario de un esfuerzo racional. La democracia ateniense y la Revolución francesa fueron la edad de oro de los oradores. La democracia moderna fue el régimen de los lectores. Hoy las redes sociales prosperan entre quienes poco se hablan y nada leen. Para un politólogo lúcido, el británico Jamie Bartlett, internet y la democracia son incompatibles. Obedecen a lógicas contradictorias. La democracia exige largas deliberaciones, un espacio físico delimitado y concreto, una sólida cultura compartida, confianza en el papel de las elecciones, respeto por las autoridades legales, más o menos todo lo que la grillera de internet se encarga de degradar... Si las democracias no consiguen controlar las redes sociales, advierte Bartlett, las redes sociales acabarán con ellas.

Llega a su fin el provisional estado de gracia (tres cuartos de siglo, salvando algunas excepciones), que permitió que la democracia nos resultara tan natural e imperceptible como el aire que respiramos. Solo cabía percibirla a través de sus carencias, sus fallas. No tardaremos en volver a descubrir hasta qué punto toda democracia supone un órdago a la grande. Hasta qué punto su carácter definitorio solo puede determinarse por la fragilidad y la precariedad. La única victoria psicológica de las izquierdas arcaicas e infantiles -hoy casi desaparecidas en toda Europa menos en los tres ecosistemas católicos donde consiguieron perpetuarse (Francia, España, Italia)- fue la de lograr venderse como corazones cálidos y viriles donde los demócratas aparecían como unos “pichas frías”. Están asomando tiempos en que estos deberán volver a ser los aventureros, los guerreros, los lobos solitarios. Lo anticipaba Albert Camus en su discurso de recepción del Premio Nobel, en 1957: “Cada generación se cree destinada a rehacer el mundo. La mía ya sabe que no podrá rehacerlo. Por esto su tarea es quizá más importante. Consiste en impedir que el mundo se deshaga”.

BIBLIOGRAFÍA

BARTLETT, Jamie: *La red oculta*. Paidós, México, 2017.

BENSOUSSAN, Georges (Dir.): *Une France soumise*. Albin Michel, Paris, 2017.

BOURDIEU Pierre: *Capital cultural, escuela y espacio social*. Siglo XXI, México, 2012.

DANS, Enrique: *Todo va a cambiar*. Ediciones Deusto, Barcelona, 2010.

FINKIELKRAUT, Alain:

- *La derrota del pensamiento*. Anagrama, Barcelona, 2004
- *La identidad desdichada*. Alianza Editorial, Madrid, 2014.

FURET, François:

- *Pensar la revolución francesa*. Petrel, Barcelona, 1980.
- *La revolución a debate*. Encuentro, Madrid, 2000.

GAUCHET, Marcel: *Robespierre: L'homme qui nous divise le plus*, Gallimard, Paris, 2018.

GUILLUY, Christophe:

- *La France périphérique : Comment on a sacrifié les classes populaires*. Flammarion, Paris, 2014.
- *No Society. La fin de la classe moyenne occidentale*. Flammarion, Paris, 2018.

MANIN, Bernard: *Los principios del gobierno representativo*. Alianza Editorial, Madrid, 2006.

MARTIN, Jean-Clément: *La Terreur: Vérités et légendes*. Perrin, Paris, 2017.

MOUFFE, Chantal e Iñigo Errejón: *Construir pueblo. Hegemonía y radicalización de la democracia*. Icaria, Barcelona, 2015.

MUDDE, Cas y Cristóbal Rovira Kaltwasser. *Populismo. Una breve introducción*. Alianza Editorial, Madrid, 2019.

NIETZSCHE, Friedrich. *La genealogía de la moral*. Tecnos, Madrid, 2003.

- RAZEMON, Olivier y Eric Hamelin: *La tentation du bitume. Où s'arrêtera l'étalement urbain ?* Rue de l'échiquier, Paris, 2012.
- ROUSSEAU, Jean-Jacques: *El Contrato Social*. Espasa Calpe, Madrid, 2012.
- SLOTEDIJK, Peter: *¿Qué sucedió en el siglo XX?* Siruela, Madrid, 2018.